

Tadanori Yamaguchi

Beca artística Museo Barjola, Gijón. 2007

Clock!, clock!

Sobre el tejado vuelve a escucharse ese sonido constante, y cada vez más repetitivo, estoy seguro de que se trata de pequeñas piezas que, una vez golpean la techumbre, ruedan hasta las cornisas.

Clock!, clock!

El invierno está siendo especialmente largo y lluvioso, aunque las gotas de agua suenan distintas, más suaves, acarician la cerámica, la nieve es silenciosa y amortigua los golpes, da una tregua. Dentro de la casa ella se mueve delicadamente, su presencia me acompaña, me hace estar seguro frente a la amenaza.

El deshielo y los primeros brotes invitan a salir y disfrutar del pequeño jardín, poblado de un hermoso abeto, generoso en su sombra estival, y bloques de piedra que intentan conversar con nosotros. Si cierro los ojos, a veces, escucho nuestra respiración y sus palabras, llenas de historias guardadas en su interior, entonces me levanto y los acaricio, es mi forma de agradecerles su compañía y su amistad.

Clock!, clock!

Alrededor de la casa empiezo a descubrir pequeñas esferas de barro blanquecinas que se han acumulado en los bordes del tejado y, en su insistencia, comienzan a caer junto a los muros. Me gusta recogerlas y tenerlas en los bolsillos, tocarlas con las yemas de los dedos, sin verlas, sabiendo que están ahí. Las voy depositando en un cajón que, al tiempo, está abarrotado. Hasta que me permitió abrirlo, la imagen de la superficie llena de esferas se mostraba apacible. Ella me observa sin decir nada, dibuja una sonrisa tímida y confidente. Comencé entonces a depositarlas en diferentes muebles de la casa, sustituyendo poco a poco su contenido doméstico por las pequeñas bolitas blancas.

Clock!, clock!

Nos ha despertado el crujir de las vigas, he salido y he dispuesto una escalera para poder acceder al tejado, la acumulación es tal que empieza a peligrar la estructura, así que he decidido retirar la gruesa capa sujeta en los salientes, renunciando a la luminosa pirámide dibujada sobre nosotros. Voy posando las pequeñas montañas en el cobertizo, de manera que cada vuelco representa un minúsculo alud que invade lo que, hasta ese momento, había sido mi taller.

De vez en cuando, Lorena abandona la lectura y levanta la vista para observarme durante un instante, tras lo cual esboza esa sonrisa reparadora que me hace sentir tan bien.

Clock!, clock!

Conocí en una ocasión a alguien que convivía con un sonido agudo y constante en un oído. Durante el día, la contaminación acústica y el ajetreo cotidiano atenuaban el zumbido, por las noches, cuando todo quedaba calmado, su presencia se amplificaba a un nivel de decibelios considerable. La única terapia posible que le habían planteado era abstraerse de él, no hacerle caso, resignarse a su presencia. Por disparatado que parezca, aquella persona acabó conviviendo noche y día con su trastorno auditivo, al que no prestaba la más mínima atención.

Algo parecido nos ocurre con esos golpecitos que, de forma acompasada pero constante, se repiten sobre la cubierta, día tras día, noche tras noche. Forman parte de nuestro ritmo, como quien convive con el tic-tac de un reloj o el paso puntual de los trenes de cercanías. Me he acostumbrado a ellos hasta el punto que, cuando salimos de viaje me cuesta conciliar el sueño, concluyendo en un duermevela, incapaz de descansar.

Clock!, clock!

De vez en cuando, me veo en la obligación de subir al tejado y retirar las esferas acumuladas sobre él. Una parte de lo que fué mi lugar de trabajo ha alcanzado una altura considerable, de manera que he comenzado a depositarlas en el lateral opuesto. Por ahora tengo resuelto el almacenamiento, pues me siento absolutamente incapaz de deshacerme de algo que, soy consciente, sólo tiene valor para mí.

Algunas veces, ella mira desde el jardín, si caigo en la cuenta, busco su mirada, aterrado ante la posibilidad de observar un gesto desaprobatorio que, por fortuna, nunca he encontrado.

Clock!, clock!

La ocupación del antiguo taller me ha obligado a buscar otro tipo de trabajos, normalmente en la construcción, ello me permite desarrollar labores mecánicas resueltas con cierta capacidad de concentración. Los compañeros rara vez se muestran atentos a detalles que yo considero interesantes, para ellos es trabajo sin más.

Hace poco, en el proceso de rehabilitación de una vivienda de cubierta plana, algo poco frecuente en esta zona, comenzamos a extender las diferentes capas de distintas texturas y densidades que conforman la impermeabilización y drenaje de estas techumbres. Cada vez que concluíamos uno de los estratos, me sorprendía a mí mismo absorto contemplando el plano impecable, lleno de matices. El proceso termina con una última capa de grava de cantos redondos, por donde discurre el agua con facilidad siguiendo la inclinación dada. Aquello me trajo a la memoria lo acumulado en el cobertizo, ante mi deleite, sin pensarlo exclamé "¡qué belleza!", al volverme reparé en la expresión de mi compañero que miraba sin entender nada, dejándome por imposible.

Clock!, clock!

Los laterales del almacén-cobertizo-antiguo taller, comienzan a tener un aspecto amenazador, queda poco espacio y la altura adquirida me hace cada vez más difícil

elevantos los cargamentos de esferas. El pasillo creado entre ambas paredes se ha ido estrechando y Lorena comienza a mostrar su desconfianza, ante todo por la posibilidad de que todo aquello se desplome y cause un accidente en el que yo sea la víctima, de cualquier modo mantiene la sonrisa para no preocuparme.

Pronto no podré acumular más material, tendré que empezar a pensar en otras opciones, pues me niego a abandonar esta tarea.

Hoy, al subirme a la escala que me ayuda a alcanzar la parte superior, he caído en la cuenta de que se habían formado formas sutiles en su superficie, debí de olvidar algunos objetos que las esferas han adquirido como propios, amoldándose a sus formas, ello le da un aspecto de paisaje extraño, interior, por su localización y por lo que alberga dentro.

Al final del día, cuando la luz del último sol se filtra por la parte posterior de la casa, me he dispuesto a cerrar la puerta del taller, observando un pequeño haz que penetraba por un orificio de la pared, al final del pasillo angosto que aún permite entrar. Supongo que habrá sido la casualidad, pues nunca antes había reparado en ello, me he acercado a mirar por el agujero, del tamaño de la mirilla de una puerta, he vuelto sobre mis pasos, la anchura entre las paredes apenas me permite girar sobre mí mismo y he clausurado las hojas metálicas.

Clock!, clock!

Al entrar a casa, Lorena me ha mirado con curiosidad, yo le he devuelto la sonrisa con la que tantas veces ella me ha tranquilizado, cansado me he tumbado en la cama, sin borrar de mi mente la imagen tras la pared, he caído en la cuenta que nunca me he preguntado de dónde provenían las esferas, sigue sin preocuparme.

Suspendida en el aire, e iluminada por ese último sol, una pequeña esfera se convertía de repente en el centro de todo aquello.

El sonido rítmico y constante se ha detenido, de la misma forma que un buen día comenzó. He cerrado los ojos y, por primera vez en mucho tiempo, he dormido profundamente.

Javier Ávila